

## **Pedro Alcoba**

### ***Sabiduría de Oriente***

Juan de Dios había estado siempre profundamente identificado con su nombre, hasta el punto de que no había en su existencia otro horizonte que la fe; y por eso lo que le sucedió a la mitad de su vida fue tan sorprendente como necesario.

Nacido en el seno de una familia católica acérrima, a Juan de Dios Sampederro se le había guiado siempre por el camino de la fe, la pureza de los ideales y las obras de caridad. Iba a misa todos los días, se abstenía de alcohol, tabaco y otros vicios, no mentía nunca y trataba de hacer lo correcto en cada ámbito de su vida. Vestía de manera sencilla y con tonos neutros y llevaba unas gafas cuadradas de pasta que, si llamaban la atención, era más bien porque parecían pertenecer a otra época. A los veinte años decidió que la vida consagrada no era para él, pero sí eligió dedicarse por completo a su credo: se involucró en cursos de estudio de la Biblia y se implicó en la asistencia a los necesitados. Se rodeó de gente devota y comprometida, y decidió no relacionarse con mujeres más allá de la sencilla e inocente amistad. A los cuarenta años, cosa rara en nuestros tiempos, se podía decir que era virgen, en el sentido más carnal de la palabra.

Juan de Dios tenía un guía espiritual, un sacerdote franciscano que siempre había visto en él mucho potencial. Al mismo tiempo, no se cansaba de decirle que no debía ser tan estricto consigo mismo, pues a la larga esa actitud produciría rigidez también al juzgar a los demás. Al fin, pensó que lo mejor era recomendarle la asistencia a un Congreso Interreligioso en la ciudad de Córdoba, durante la Semana Santa. Allí, entre conferencia y conferencia, celebración y celebración, Juan de Dios descubrió gente muy diversa, no solo de otras confesiones cristianas, sino también de distintas religiones. Conoció a budistas, musulmanes suníes y chiíes, hinduistas y sijis, entre otros credos más minoritarios.

De entre todos ellos, destacaba a sus ojos una joven hindú llamada Alisha. La primera vez que la vio, con su tez oscura y sus ojos negros, su *bindi* de color rojo cuidadosamente pintado en la frente y un sari de un intenso violeta, una energía vital tierna, delicada y preciosa, se despertó dentro de él. Unas veces la sentía cuando el vientre de Alisha asomaba bajo su sari, o sus pies sencillamente vestidos por unas sandalias de tiras brillantes surgían de entre sus pliegues. Otras, con la armonía de sus gestos y la elegancia de sus movimientos. Sobre todo, cuando le sonreía, observándole con una mirada directa e intensa que parecía traspasarle. Juan de Dios no acababa de entender lo que vivía, pero la explicación era muy sencilla. Hasta el momento, él había conseguido contener su interés por la mujer mientras esta se hallaba circunscrita al ámbito de lo familiar y conocido; pero cuando la feminidad se había mostrado con la forma de una cultura totalmente diversa, había producido en él desconcertantes emociones.

Un día, tras una de las conferencias, Juan de Dios y Alisha se quedaron solos. Tras visitar la mezquita y pasear por las callejuelas intrincadas de la ciudad, se detuvieron en la Plaza de Tiberíades, donde un hombre tocaba una guitarra española, mientras cantaba con sentida melancolía. La estatua de Maimónides parecía contemplarle desde su pedestal. Ellos se sentaron, y hablaron largo rato de las diferencias entre sus creencias. Juan de Dios le decía que ansiaba comprender por qué había religiones tan diversas en el mundo, necesitaba entender la causa de que Dios se hubiera revelado, si es que lo había hecho así, de formas tan distintas. En un momento de la conversación, Alisha señaló la estatua y habló con su castellano imperfecto:

—Mira estatua. ¿Crees que a Maimónides importó religión de otro sabio que vimos junto a Mezquita?

—Averroes...

—Sí, él era sabio también. Mira libro. —Alisha señaló el libro que Maimónides sostenía en su mano derecha —. Los dos sabios sostienen libro, los dos se apoyan en tierra. —Y señaló la otra mano.

En efecto, la estatua de Maimónides le representaba tranquilamente sentado; mientras un libro reposaba en su regazo sostenido por la mano derecha, la izquierda buscaba asidero en el asiento de piedra por detrás, como si precisara otro punto de apoyo. El pie izquierdo estaba ligeramente adelantado al derecho, equilibrando la composición.

—Sabio siempre en posición difícil —continuó Alisha—, porque no hay verdades absolutas, solo hay sabiduría. Y él sabe porque vive entre asuntos de aquí y asuntos de allí. —Y señaló ahora al cielo—. Todo sabio es espiritual.

Juan de Dios la escuchaba con atención, sintiéndose cada vez más arrebatado por la intensidad de su mirada al oír sus palabras, que se iban espaciando cada vez más, hasta dar paso al silencio. Juan de Dios se sentía inquieto. Miró el reloj, pensando que debía irse, observó a su alrededor buscando el mejor lugar para salir hacia el hotel donde se alojaba. En aquel momento, con audacia, Alisha cubrió los ojos de Juan de Dios con una mano, y le dijo:

—No pienses en hora, no pienses en mejor camino para ir, piensa solo en aquí, ahora. Eso es esencia de toda espiritualidad. ¿Estás preparado para comprender?

El contacto de la mano de Alisha produjo nuevas sensaciones en Juan de Dios. Tras una breve pausa para asimilarlas, dijo:

—Lo estoy.

Ella le descubrió los ojos y él volvió a contemplar su rostro, con sus ojos negros como el azabache, pero brillantes como el mismo Sol de poniente; y en ellos atisbó el ritmo de las danzas y los brazos tatuados con henna, los animales sagrados y los templos luminosos, las selvas tropicales y las montañas del Himalaya, la meditación más profunda y la compasión sincera. En un instante, la completa personalidad de Alisha y todo su mundo se ofrecieron a sus ojos, al mismo tiempo que sus labios se elevaban casi imperceptiblemente.

Juan de Dios la besó.

Y ella notó en los labios de él el tacto firme y áspero del compromiso de la cruz; y en sus brazos percibió la determinación de la fe y el sacrificio, el paciente estudio de la Biblia y el silencio de las oraciones, la fuerza de la esperanza y el éxtasis del amor.

—¿Comprendes ahora? —dijo Alisha.

Juan de Dios sonreía con tal profundidad que incluso su pregunta le sonó lejana; sin embargo, quiso tomarse aún unos segundos para encontrar las palabras de su respuesta:

—Tanto, que ya no necesito comprender.